

privilegio de contemplar, antes de ascender a las regiones celestes, al Dios Niño sonriente y prometedor tendiéndole los brazos, como por inspiración divina lo vió Murillo.

No queremos salir de Padua sin visitar su Universidad gloriosa donde Galileo explicó sus lecciones largos años y en cuyas bellas arcadas están grabados los nombres y escudos de sus famosos graduandos: ni el soberbio Palazzo della Ragione...

Marchamos aceleradamente hacia la Estación.

Es la hora del paseo vespertino y numerosas jóvenes cabalgando intrépidas sobre las bicicletas, con libre desenfado, se dirigen a las afueras de la población. Al tiempo que las admiro, mentalmente entono esta oración:

¡Santo taumaturgo bendito de Padua! Tú que hiciste a montones los milagros, que resucitaste a los muertos, que salvaste a los oprimidos, que curaste a los enfermos, que convertiste a la fe a cátaros y herejes, obra el prodigio de que tus devotas comprendan que alargando un poco su flotante vestido nada perdería su belleza y mucho habría de ganar su recato. Y cuando hayas producido este milagro, quizá el más grande de tu intercesión impercedera y gloriosa, concédeles a cada una de ellas el premio de un buen novio que ho-

